

El problema social de la urbe, en cuanto más específicamente ligado a la civilización, ¿radica sólo en satisfacer necesidades materiales?, ¿radica en dar satisfacción a las culturales o espirituales? ¿Economía o Educación?, dirían unos ¿Economía o Religión?, dirían otros. Y no se trata de Economía y Educación de Economía y Religión —juntas y no desligadas en arrastramientos o en arrojamientos—, se trata de economía y de educación, de economía y de religión, y no como parejas de entidades que —previamente desvinculadas— se unen, sino como el todo unitario que en ocasiones se escinde y en la solución de continuidad ubica el nudo de la tragedia humana. Cuando el nivel de vida —grado en que se satisfacen necesidades “reales” y no “construidas”— está cercano del *standard* de vida —nivel de las “aspiraciones” consideradas como necesidades reales— la tensión que se produce es benéfica para el grupo humano; conforme las necesidades reales y las sentidas se alejan entre sí, la tensión se torna dramática y, según el apuntamiento de Stuart Queen en su trabajo —apuntamiento que no es sino hipótesis que puede brindar una interpretación original y distinta de la Sociología y de los problemas sociales—, las aspiraciones por alcanzar crecen a ritmo mucho más rápido que las necesidades satisfechas, o sea que, conforme a fórmula popularizadora, de acuerdo con modelo formalmente malthusiano, conforme las necesidades se satisfacen según un ritmo aritmético de crecimiento, las aspiraciones crecen de acuerdo con un ritmo geométrico.

El tema, contenido en apenas dos líneas del trabajo de Queen, puede parecer teórico, pero es fecundo en consecuencias prácticas, para la Sociología en general y para la Sociología Urbana más especialmente, pues si, por una parte, hay que reconocer con J. Semler Collery las diferencias entre la ciudad y el campo en cuanto a aspiraciones de los habitantes y, consiguientemente, en cuanto a problemas de *standards* de vida, no hay que reconocer menos que, conforme señaló T. Lynn Smith en su trabajo, la modificación de los niveles de vida obedece a un ritmo distinto en la ciudad y en el campo. Las mejoras higiénicas, los adelantos mecánicos, etc., se introducen en el campo más tardíamente que en las ciudades. Las ciudades, por su parte, como lugares de fermentación cultural, hacen crecer —de modo independiente pero conjugado— las aspiraciones, según se encarga de mostrar Eduardo Pallares en su comunicación acerca de las grandes urbes y la cultura. Tómense estos elementos y conjúguense: por una parte, ritmo más rápido e introducción anticipada de mejoras técnicas en el medio urbano; por otra, crecimiento rectilíneo, uniforme, del nivel de vida que tales mejoras contribuyen a obtener frente a crecimiento exponencial, continuamente acelerado, del *standard* de vida que tales mejoras desarrollan; por otra, finalmente, estímulo independiente de dicho *standard* aportado por el desarrollo cultural. Así se entenderá la apertura alarmante

del abismo entre nivel de vida y *standard* de vida perfilada dramáticamente en la urbe. Tómense, en cambio, las contrapartidas. ¿Qué obtendremos? De una parte, introducción lenta y retrasada de las mejoras técnicas en el medio rural, igual crecimiento rectilíneo, enfrentado al exponencial, del nivel y del *standard* de vida respectivamente y, de otra parte, falta de estímulos al desarrollo acelerado de los *standards* de vida por la cultura. Y el drama no se plantea, pero sí la monotonía, el estancamiento, la misma muerte.

¿Qué significa esto en el campo meliorativo? Que precisa que la introducción de las mejoras siga un ritmo regular y sea oportuna, que precisa que la cultura defina las metas sociales con criterio realista. Escalar una montaña requiere confrontar previamente la altura de la montaña, las dificultades de escalamiento por un lado, pero requiere confrontarlas con el vigor físico de quien ha de trepar, con su habilidad, etc. Es aquí, y no sólo en la idea del constructor, en donde el requerimiento de Alonso Mariscal —la escala humana— adquiere su máxima dimensión, su dimensión protagórica revisada, de no ser ya el hombre la medida de todas las cosas πάντων χρημάτων μετρον ἄνθρωπος, sino de deber ser las cosas humanas medibles mediante la unidad “hombre”. ¿Reiteración ésta de que las cosas del hombre sean medibles en unidades “hombre”? No. Porque las utopías muestran, con caracteres de fracaso, la frecuencia con que las cosas del hombre —la ciudad es sólo un ejemplo de ellas— no se miden en unidades humanas sino infra-humanas. Y quizás conviniera recordar aquí, conforme pide Raymond Lenoir, aquellas leyes —leyes muy sencillas— que buscaron afanosamente Platón y Aristóteles y según las cuales, para que la ciudad exprese algo es preciso que el *arithmos* favorezca el *rythmos* y permita que los ciudadanos se metamericen, ya que ésta es la única forma en que la ciudad alcanzará a tener una verdadera proporción humana. Por otra parte, conforme mostró en una acertada intervención Francisco Serrano, las cosas humanas más que escalares, son magnitudes vectoriales: fue el apunte suyo referido a lo físico, ya que, para él, en la escala interviene no sólo el hombre, sino su capacidad de traslado en el espacio físico, según el vehículo que utilice; en lo social, diríamos nosotros, no basta para la escala, el hombre —entidad física, biológica, psicológica o social— interesa considerar sí, al hombre como magnitud histórica, pero, más aún, considerar al hombre como vector unitario, a las cosas humanas —a la cultura— como todo un campo cubierto por vectores que apuntan a un sentido. El vector, sin sentido, se reduce a un simple escalar, y lo escalar representa aquí en esta connotación nuestra, no en la de Mariscal— cosa a-social, cosa inhumana. El sentido, carente de escalar al que orientar, no tiene significado, es un sentido *sin* sentido. Despréndese de ello la necesidad de una sociología vectorial y, naturalmente, también, en forma más específica, de una socio-